

# La totalidad de la vida

Edgard Lee Masters compuso un libro entero a partir de epitafios imaginarios que se convirtió en un *best seller*. Ahora, una nueva traducción rescata un gran clásico del siglo XX que la crisis devuelve a la actualidad

## Antología de Spoon River

Edgar Lee Masters  
Traducción de Jaime Priede  
Bartleby, Madrid, 2012  
375 páginas. 17 euros

Por Ángel Rupérez

TODAS LAS SIMPATÍAS caen sobre el escritor norteamericano Edgar Lee Masters (1868-1950), autor de muchos libros pero, de hecho, de un único libro por el que se le recuerda, con toda justicia además, esta *Antología de Spoon River*, que ahora se publica entera, excelentemente traducida y excelentemente editada. *Spoon River Anthology* apareció por primera vez en 1915, en Nueva York, y pronto se convirtió en un libro muy apreciado por los lectores, que, en cierto modo, lo convirtieron —¡oh asombro!— en un *best seller*.

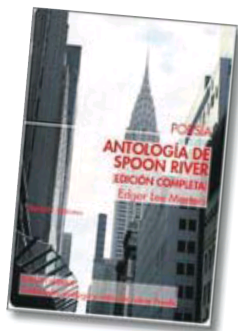
De formación clásica y abogado laboralista de profesión, ducho en la defensa de los débiles, perfectamente consciente de los chanchullos, corrupciones y miserias de todo tipo en el entorno de aquel Chicago de comienzos de siglo, Lee Masters tuvo una fecunda idea: escribir un libro en el que brotaran las voces de los muertos de una pequeña localidad imaginaria —Spoon River—, trasunto de cualquier localidad provinciana estadounidense. Y así le salió este libro considerablemente asombroso, que mantiene una especie de también asombrosa vigencia, entre otras cosas porque nos habla de un mundo que —salvando todas las distancias— tiene más de un parecido con el nuestro.

Porque Lee Masters se propuso ciertamente reconstruir un microcosmos provinciano cediendo la voz de ultratumba a multitud de personajes en un peculiar engranaje narrativo, que funciona perfectamente, todavía hoy: cada voz engarza con la siguiente, y esta rebota sobre la anterior, de forma que, así, nos enteramos de las peculiaridades biográficas que permiten comprender mejor cada monólogo. Cada voz individualiza un destino, rematado por la muerte, pero, sobreponiéndose a esta, cada existencia rehace, con distancia —unas veces serena, otras cínica, otras irónica, otras amarga—, las peripecias que muestran una sociedad gravemente lastrada por la corrupción, la violencia y la injusticia.

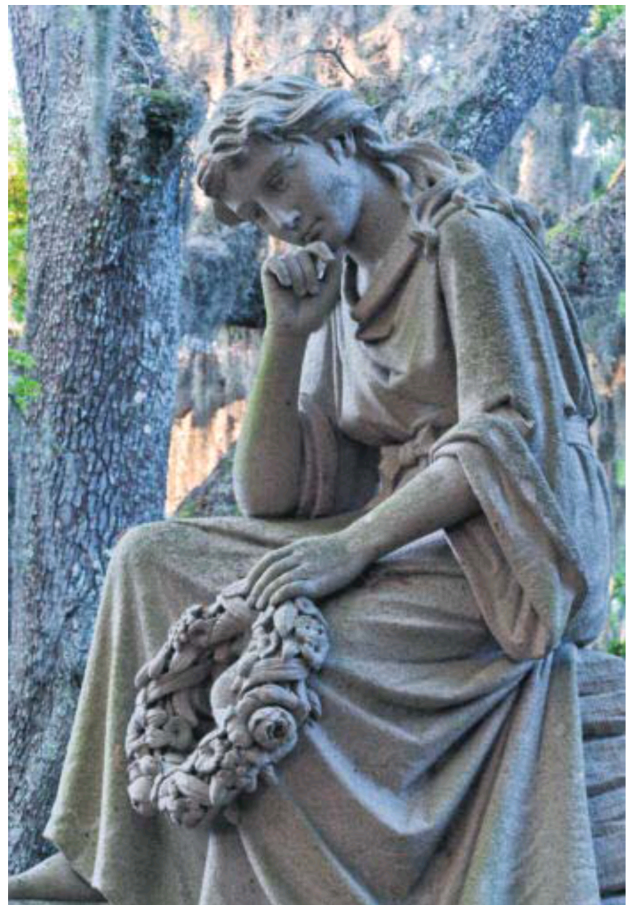
El resultado es como un caleidoscopio donde cada historia deja un rastro casi siempre hiriente, entre otras cosas porque es irreversible, y porque está hecho de daños ocasionados o sufridos. Testimonios como el de Daisy Fraser: “¡Habéis oído alguna vez que el juez del distrito / ayudara a alguien que no fueran... /

los banqueros?”. O el John M. Church: “Eché mano de todos mis contactos con jueces, jurados / y tribunales supremos para rechazar los recursos / de accidentados, viudas y huérfanos. / Así me hice rico”. O el de Whedon, director del periódico: “...falsear la verdad...; / manipular los grandes sentimientos y pasiones... / con segundas intenciones... / Echar tierra, si te lo pagan, a los escándalos... / aplastando vidas y reputaciones, si hace falta...”. ¿A qué suenan estas músicas? ¿De qué sociedad hablan? ¿Solo de la del imaginario Spoon River?

Ahora bien, Lee Masters es un poeta con varios registros y sería un error ignorar que sus poemas tienen a veces un raro toque de lirismo además de una especie de constante aliento por el que se interroga a la vida más allá de sus cadenas histórico-temporales. En este sentido, a medida que el libro avanza se apodera de él una tonalidad en la que cede la ruda y cruda realidad y emerge con claridad la irremediable herencia romántica, con manifiestos ecos de Wordsworth, Whitman y hasta de Hardy, como en estos versos del poema Jones el músico: “...escuchas un susurro de faldas / como el de las muchachas que bailan el Little Grove”, que parecen un trasunto del fabuloso poema de Hardy *En la feria de Casterbridge*. Oigamos a este Arlo Will, hablando de anhelos casi místicos: “¿Alguna vez, caminando con el viento en los oídos / y rodeados de luz, / habéis visto brillar de pronto un resplandor interno? / Saliendo del fango muchas veces, / ante



muchas puertas de luz, / a través de muchos campos resplandecientes / donde, en torno a vuestros pasos, una silenciosa gloria / se extendía / como una nevada recién caída, / así pasaréis por la tierra, vosotros los del alma fuerte, / y a través de innumerables cielos llegaréis / a la últi-



Masters reconstruye un microcosmos provinciano dando voz de ultratumba a los personajes. Foto: Getty Images

ma llama”. U oigamos a este Isaiah Beethoven (mezcla del profeta bíblico y del músico alemán), que ha tocado el cielo: “...El alma del río había penetrado en la mía... / ¡Y por fin he visto brillar las trompetas / en las almenas del Tiempo”. O, para terminar, a este Robert Browning (poeta preferido de Lee Masters), disfrazado de Elijah Browning: “Apoyado en mi bastón, reconocí / mi silueta en la nieve. Sobre mí, / el aire silente, atravesado por un cono de hielo / sobre el que colgaba

una estrella solitaria. / ...Subí, pues, hasta la cumbre. / Arroje al vacío mi bastón. / Toqué la estrella / estirando la mano. / Desaparecí sin dejar rastro. / ¡La montaña concede la Verdad Infinita / a todo el que toca la estrella!”.

Por tanto, la totalidad de la vida —miseria, realidad, espíritu, elevación— cabe en Spoon River, razón por la cual sigue siendo un libro completamente recomendable que —¡oh cielos!— se puede leer además como si fuera una novela. ●

## Capítulos de un ensayo

### Conversaciones con David Foster Wallace

Stephen J. Burn  
Pávido Fuego, Málaga, 2012  
238 páginas. 18 euros

Por Eduardo Lago

*LA BROMA INFINITA* (1996), novela de 1.200 páginas considerada la obra maestra de David Foster Wallace (1962-2008), siempre ha gozado de un estatus altamente paradójico: ser una obra de culto que cuenta con millones de lectores en todo el mundo. Más importante que esto es el hecho de que se trata de una novela que cambió el curso de la narrativa. Decía Ezra Pound

que la historia de la literatura habría que estudiarla como se aborda la historia de la ciencia, dando cuenta de los grandes logros técnicos que cambian las cosas para siempre. El caso más notable de los últimos cien años es el *Ulises* (1922) de James Joyce. Como con los logros científicos, hay un precio: la comprensión de los mecanismos en juego no está al alcance de cualquiera. Obviamente, la comparación tiene sus límites. Hay en la gran literatura un importante componente estético, además de cognitivo y ético. Entre las novelas norteamericanas esenciales que casi nadie lee figuran *Los reconocimientos* (1955) y *J & R* (1975), de William Gaddis, o *El arco iris de la gravedad* (1973), de Thomas Pynchon. Formalmente, *La broma infinita* es herede-

ra directa de esas novelas, así como de la obra de Don DeLillo. La aportación de David Foster Wallace consiste en proponer un modelo narrativo que trasciende por un lado la falacia del realismo —“La realidad es demasiado importante como para dejarla en manos de los realistas” —, y por otro el legado de la metaficción posmoderna que se propuso superarlo. La lección fundamental de David Foster Wallace en sus novelas, relatos, artículos y ensayos consiste en haber sabido hallar un modo a la vez lúdico y profundo de narrar la condición humana en la era de la información dominada por las grandes corporaciones. David Foster Wallace es hijo de la cultura del entretenimiento (cine, televisión, música pop, literatura de masas), y eso es lo que supo exorcizar mejor que nadie en su hacer como teórico y como creador. Para él, la primera obligación de la ficción es conectar emocionalmente con el lector, sin olvidar que la gran literatura tiene siempre una

dimensión de orden ético (Wallace es autor de una sobrecogedora meditación sobre el legado de Dostoiévski). Escribir, como leer, consiste en establecer una conversación destinada a derrotar la soledad, la angustia y la tristeza que muchas veces acompañan a la condición del individuo en la sociedad contemporánea. Wallace cursó estudios avanzados de filosofía y matemáticas y Wittgenstein es una influencia determinante en su forma de entender el arte de narrar. Estas entrevistas constituyen una lúcida reflexión acerca del papel del escritor en los años a caballo entre los siglos XX y XXI. Ordenadas cronológicamente y de un interés desigual, se leen como los capítulos de un ensayo altamente personal. La intención, al final, es política. Hablando de sus estudiantes le oímos decir: “Están tan tiranizados por la cultura corporativa que no son conscientes de que lo están. Es como si fueran subditos de un régimen fascista que creen vivir en democracia”. ●